

GONZALO JIMÉNEZ-BLANCO



Gonzalo Jiménez-Blanco (1962) es Licenciado en Derecho y Ciencias Empresariales por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE). Es Abogado del Estado y ha trabajado en EMP-Empresa Nacional del Petróleo, Bestinver, Ministerio de Industria, Comercio y Turismo, Comisión Nacional del Mercado de Valores, Instituto de Crédito Oficial (ICO), British Telecom y Ashurst, donde ha sido Managing Partner de 2007 a 2012 y actualmente es Head of Spain. Es autor de numerosas publicaciones jurídicas y de numerosos diarios de viajes por el mundo desde 2001 que nunca ha publicado.



ULTIMOS DÍAS EN LA INDIA

I

Era verano de 2013. Había cumplido cincuenta años y últimamente se encontraba perdido. Tenía muchos amigos pero se sentía solo. También llevaba unos meses muy cansado.

Hasta hacía poco tiempo, había vivido una temporada larga con Blanca, pero aquello no funcionó del todo. Nunca se llegó a casar, quizá buscaba la mujer perfecta, o simplemente él se había hecho cada vez más raro. O es que la gente como él había nacido para estar sola.

Llegaron las vacaciones y tenía que hacer algo. Sus amigos le habían invitado a Marbella. Otros años había ido y lo había pasado bien, pero esta vez no, necesitaba estar solo y descansar de verdad. Quería pensar un poco y decidir qué

hacer con su vida. O lo que le quedaba de ella, que no sabía por qué, presentía que no iba a ser mucho.

Y se decidió por un viaje a la India. Parecía el mejor destino para viajar solo y darle vueltas a las mil preocupaciones que le tenían la cabeza atareada la mayor parte del día. Bueno, de la noche, porque esas cavilaciones se ponían en marcha cuando intentaba dormir, lo que cada vez se le hacía más difícil.

Decididamente había entrado de lleno en la tan comentada crisis de los cincuenta: profesionalmente estaba en lo más alto, pero lo cierto es que su estado de ánimo no se correspondía con ese estatus profesional. Necesitaba esas vacaciones en solitario.

II

El vuelo de Emirates salió a las diez y cuarto de la noche dirección Dubai. Voló toda la noche. Llegó a las siete y media de la mañana y hacía ya treinta y cinco grados. El autobús a la terminal no tenía aire acondicionado y se abrió paso por las polvorientas obras del aeropuerto hasta depositar a todos los pasajeros en el edificio principal.

Desayunó solo en un Starbucks, y salió pronto en vuelo hacia Delhi. En su asiento cerró los ojos y se fue quedando poco a poco dormido. Estaba contento porque se había animado a hacer el viaje sólo. A última hora le había llamado Blanca, que quería acompañarle. Le resultó complicado decirle que no, pero precisamente lo que menos necesitaba era una acompañante para el viaje. Quería ir sólo. Y lo había conseguido.

Llegó a Delhi a las tres de la tarde. Le esperaba en el aeropuerto el guía, Daya. Con él se fue en tuc tuc a dar una vuelta por la ciudad. Recorrió la zona de las embajadas y vio la famosa Indian Gate. Estaba todo lleno de gente, bañán-

dose en los estanques que rodeaban a la Puerta. Le sorprendió la alegría con la que se bañaban, chapoteando, vestidos ellos y ellas.

Cenó solo en el hotel, Le Meridien. Era un hotel moderno, occidental, sin concesiones a la cultura india, excepto quizá en la cocina.

Pero no había ido a la India para ir a un hotel occidental ni para pasear por calles asfaltadas. Quería conocer la India profunda. Y para eso quería llegar pronto a la ciudad sagrada de Benarés.

A la mañana siguiente, desayunó a las seis y media en el hotel, el transfer le iba a recoger pronto para ir al aeropuerto.

Por el camino se fijó de nuevo en los bulevares de las embajadas y edificios oficiales, incluyendo el enorme Palacio del Presidente de India. Y le llamó la atención la cantidad de monos que vio por la calle.

III

Llegó a Benarés al mediodía, pasó por el hotel, en el que se duchó y comió rápidamente y a las tres salió a dar una vuelta con Daya por Varanasi, o Benarés, la ciudad sagrada de Shiva. Se cruzó a muchos peregrinos, vestidos de naranja y descalzos, en fila india —nunca mejor dicho.

Luego Daya le llevó al río, que observaron desde la orilla en un Ghat al lado de un crematorio de leña. La suciedad y los olores le resultaron indescritibles, había vacas por todos lados, los tuc tucs serpenteaban a toda prisa, el pitido de las motos era insoportable. Y Daya le acercó también al cercano crematorio, que no era más que un solar entre edificios viejos y algo destartalados. Había tres cuerpos envueltos, dos en llamas ya y uno por quemar. Sin ninguna ceremonia especial. Las cenizas volaban por el aire y alguna le cayó sobre su cabeza.

Volvió al hotel, impresionado por lo que había visto, tan distinto a lo que era su vida. Creía estar en otro mundo. No se lo imaginaba así.

Benarés es quizá lo más parecido a lo que podríamos llamar la India profunda. El Ganges domina la vida —a muerte— en dicha ciudad. Los peregrinos vestidos de naranja se acercan al río para bañarse y purificarse en él y para llevarse un tarrito con un poco de su agua sagrada. Sorprende que crean tan profundamente en el efecto purificador del Ganges, cuyas aguas putrefactas no parecen corresponderse del todo con las pretendidas cualidades benéficas del río. La masa de personas bañándose en el principal Ghat del Ganges en aguas sucias y con basura flotante le impactaron. Y por no citar los olores, que le acompañaron durante gran parte del viaje.

De lo que le contó Daya, lo que más le llamó la atención fue el enorme peso de la religión en la vida de las personas. Estábamos en el siglo XXI pero tuvo la impresión de que en esto nada había cambiado en miles de años. Daya le habló de tres millones de dioses, no sabía quién los habría contado. Pero bueno, al fin y al cabo, había tres o cuatro dioses principales: Brahma, Vishnu, Shiva y quizá Ganesha.

La religión es el opio del pueblo, decía Karl Marx, y si ésa era una afirmación que seguramente hacía respecto del cristianismo en la Europa de su tiempo, parecía mucho más cierta en la India de hoy: tenía la impresión de que la religión tenía anestesiada a la población, que aceptaba con resignación sus miserables condiciones de vida con la esperanza de que el tránsito pacífico por esta vida condujera a una mejor en la siguiente reencarnación.

Durmió bien, profundamente, como hacía tiempo que no lo hacía. Pero se despertó pronto. Había quedado con Daya para ir al Ganges a las cinco y media de la mañana.

Le llevó cerca del Ghat principal, donde decía la leyenda (o la religión, que al menos aquí venían a ser lo mismo)

que Brahma sacrificó diez caballos. Conforme se acercaban al río, crecía la multitud naranja. Le dijo Daya que era un día especial para los peregrinos y estaba todo a rebosar. En las inmediaciones del Ganges la intensidad de los olores iba creciendo.

Llegaron al río y la escena era ya indescriptible. Le contó Daya que éste era el Ghat principal y se lo creyó, bastaba ver como estaba atestado de peregrinos. No cabía un alfiler en las escalinatas. El panorama le resultó dantesco, los hombres se quedaban en calzoncillos y las mujeres se bañaban en shari. El agua era turbia, no solo de tierra, también de las bolsas y desperdicios que flotaban en el agua. Algunos se hacían ahogadillas, otros se lavaban los dientes. Él y Daya se subieron a unas barquitas desde las que se podía ver la escena en toda su extensión.

El calor era sofocante, y entre eso y los fuertes olores se mareó un poco. Gracias a eso se ahorró la visita a otro crematorio y Daya le llevó directamente al hotel, donde descansó un rato y desayunó antes de salir otra vez al aeropuerto. Se quedó pensando en lo que había visto y vivido. Y en ese mareo, que le preocupó. Llevaba una temporada que se encontraba raro y pensaba que podía tener algo.

IV

Desde Benarés voló con Daya a Khajuraho. El hotel estaba al lado del aeropuerto. Comió y se echó un ratito corto y enseguida Daya le llevó a ver los templos de la dinastía Chandela, también cerca del hotel. Daya se recreó explicándole las escenas del Kamasutra que decoraban uno de los templos. Le sorprendió que escenas tan explícitas pudieran haberse divulgado hacía tantos años y más aún que pudieran formar parte de los decorados exteriores de un templo.

Pero el calor le golpeó nuevamente. Se mareó otra vez y le pidió a Daya que le esperara un rato, mientras él se reponía bajo la sombra de los enormes árboles del recinto.

Se fue después al hotel, descansó un poco, leyendo a ratos la guía y a ratos la novela que se había traído.

A las ocho de la tarde bajó a cenar y pronto se subió a su habitación. Ya en la cama, pensó en sus mareos y le preocupó que pudiera tener algo serio. Y se acordó de Blanca. Se quedó dormido pensando en ella.

Amaneció a las ocho, fresco, descansado. Uf, pensó, los mareos le habían asustado pero ya habían desaparecido y se encontraba pletórico. El día se avecinaba durillo, con ocho horas de carretera. Cruzaron zonas donde la carretera no tenía agujeros sino verdaderos cráteres llenos de agua. Se fue acostumbrando a ver escenas imposibles: una moto, un autobús, el coche inicia un adelantamiento, otro coche de frente. Y no pasaba nada.

Pararon en Orcha, donde visitaron un precioso palacio, el del Rajá, llamado Raj Majal. Era del siglo XVI y en algunas cosas le recordó a la Alhambra, aunque estaba peor conservado. Vieron la estancia del Rajá y las de las seis reinas, con Daya explicándole cada detalle.

Subieron después a otro palacio contiguo, aunque volvió a sentirse mareado y le dijo a Daya que se iba a tomar una Coca-Cola en una especie de Parador que había en un ala del Palacio.

Después de comer en un restaurante que había cerca, siguieron en la carretera, que se le hizo infernal, circularon un rato en autopista y luego por una carretera llena de baches y de vacas. Le pareció sorprendente lo de las vacas, que veía por todos lados, especialmente en calles y carreteras, normalmente rastreando basura en las calles. El hecho de que fueran sagradas no les aseguraba una buena alimentación, se dijo a sí mismo. De hecho las pobres vacas se buscaban como podían su comida en las calles y la mayor parte

de ellas estaban famélicas... No las abandonaban del todo ni las vendían pero aparte de ser respetadas por los conductores, su estatus no parecía demasiado privilegiado... Incluso en su apreciación popular habrían perdido la batalla con las búfalas, que daban mucha más leche. Los animales tenían un valor equivalente al de las personas. Lo cual no decía mucho del valor de los animales... O (más bien) poco del de las personas...

Otra de las cosas que le llamó la atención fue la circulación en las carreteras. Como regla general, el estado de las mismas dejaba mucho que desear pero lo más llamativo era la sensación permanente de riesgo... Y el uso normal y hasta irritante de las bocinas. Se adelantaba con independencia de que viniera alguien de frente, con la esperanza de que se apartara o de que la providencia decidiera lo que procedía. Decían allí que para salir con vida de un viaje hacían falta tres cosas: una buena bocina, unos buenos frenos... y buena suerte...

Siguieron en carretera hasta Gwalior. Llegaron cerca de las nueve al hotel, el Kiran Palace, que era un palacio impresionante. La habitación era enorme. Cenó solo en el hotel y se fue a dormir. Le costó conciliar el sueño. Pensaba en Blanca. La llamó. Hablaron un rato largo. Le dijo que la quería. Dijeron de verse sin falta cuando él volviera de la India.

V

Al día siguiente decidió tomarse la vida de turista de otra manera. Empezó a las nueve y media, con un buen desayuno y luego se dio un baño en la preciosa piscina del hotel, con sus maravillosos leones de arenisca flanqueando la piscina.

A las doce y media había quedado con Daya, que le llevó a la impresionante fortaleza que dominaba el pueblo. Después

de ver un templo de Shiva al paso, fueron a ver el palacio del Marajá, totalmente hindú.

Siguieron después hasta Agra, destino obligado en todo viaje a la India. El hotel Gateway no era gran cosa, pero la habitación tenía al menos vistas al Taj Majal. Pasó la tarde descansando. Se encontraba bastante mal.

Cenó en el hotel y llamó a un médico para que le viera. Gastroenteritis fue el diagnóstico que le dio. Le suministró unas cuantas pastillas y le dijo que en dos días estaría bien. Eligió mal día para coger una gastroenteritis, pensó, ni más ni menos el de la llegada a Agra.

Desayunó pronto y se vio con Daya en el hall. Era el día de la independencia india y la música a todo trapo por las calles se encargaba de que no lo olvidara. El coche les acercó al recinto del Taj Majal. Entraron en la zona por la puerta de los visitantes ilustres. Había que cruzar un pabellón y de pronto ante sus ojos se le apareció la majestuosa estampa del Taj Majal, ante la que millares de hindúes con la escarapela de la independencia se hacían innumerables fotos.

La salida del recinto parecía el museo de los horrores: cojos, minusválidos, leprosos, vendedores de recuerdos...

Volvió al hotel. Se encontraba fatal. Lo cierto es que ya iba tocado a la India. Y basta con no estar a tope para que uno tuviera la sensación de ser carne de cañón, de tener todas las papeletas para coger algo. Ya en Delhi se sintió un poco cansado, pero la sensación se acrecentó entre los olores del Ganges en Benarés. En la visita a los palacios de Khahurajo se tuvo que quedar en una sombra sin ver los últimos palacios... Y en Agra fue el derrumbe: a la esperada gastroenteritis se unieron dos días de fiebre con 38,5 grados. Pensó en que tendría que anticipar su regreso a Madrid.

Al día siguiente amaneció algo mejor y se animó a seguir al menos hasta Mumbai. Le llamó Blanca, le contó cómo se había encontrado aunque ya estaba bien. Se quedó preocupada.

Había quedado a las nueve y media para salir a Jaipur. Se encontraba algo mejor. Estuvieron todo el día en carretera hasta llegar al hotel Le Meridien, que le pareció una maravilla. Pasó la tarde descansando en la piscina y después cenó en el hotel.

Se citó con Daya para salir a las ocho y media. El primer objetivo era el fuerte Amber. La puerta de entrada era espectacular, los elefantes para turistas esperaban su turno en fila. Subió con Daya en un elefante por las empinadas calles hasta llegar arriba. Los lugareños habían hecho de la fotografía de los turistas a lomos de los elefantes su modus vivendi. Y desarrollaban sus técnicas para distinguirse de los demás. Uno con aspecto perfectamente hindú le dijo que se llamaba Antonio Pérez y que le esperaba a la salida. Resultaba impresionante, al llegar arriba ya tenía las fotos en papel.

El recinto palaciego era el mejor conservado que había visto en el viaje, salvo el Taj Majal. Allí habían vivido los Marajás de Rajastán, aunque con la independencia les expropiaron algunos palacios como éste.

A la vuelta cruzaron la Jaipur vieja, la ciudad rosa, llamada así porque las casas se pintaron de rosa con motivo de la visita del Rey Albert. Las casas le parecieron algo mejores, pero el tráfico era igualmente caótico (o más) que siempre.

Comió en el hotel, y descansó en la habitación toda la tarde. Llamó a Blanca pero no le cogió el móvil. Le mandó un correo: Te quiero.

Día de transición, ocho o diez horas de carretera hasta Udaipur. Bonitos paisajes, le recordaron al Libro de la Selva. La llegada al embarcadero del hotel, ya de noche, fue impresionante y enfrente, sobre las aguas del lago, sobresalía el imponente hotel Lake Palace, al que le llevó una lanchita.

La llegada al hotel resultó maravillosa, le cayó una lluvia de pétalos para recibirle. El hotel era espectacular, un palacio en medio del lago. Pero estaba cada vez más cansado. En

la habitación pensó en Blanca. Se arrepintió de no haberla dejado viajar con él. Le encantaría que estuviese allí.

A la mañana siguiente fue con Daya a ver la ciudad de Udaipur. Salieron del hotel hasta el embarcadero en la ciudad. Fueron andando al contiguo City Palace, que cruzaron primero para adentrarse en el pueblo y entrar en el templo de Shiva. Se fueron de vuelta al Palacio, e hicieron la consiguiente visita turística.

Antes de la hora de comer volvieron al hotel, donde pasó la tarde leyendo relajado en la piscina.

Durmió bien y se despertó tarde. Después de un magnífico desayuno, se quedó de relax total en la piscina otra vez. A las tres cogió con Daya la lanchita hasta el lugar en que les esperaba el coche, que debía llevarles al aeropuerto.

VI

Llegaron a Bombay, ahora llamada Mumbai, pasadas las siete. Daya le avisó que tardarían hora y media en llegar al hotel.

Al llegar, el recepcionista le dijo que le esperaba su mujer en la habitación. No dijo nada y subió. Se imaginó con ilusión que Blanca al final se había sumado al viaje.

Abrió la puerta de la habitación y allí estaba ella. Estaba guapísima. La había echado muchísimo de menos. Hablaron de lo divino y humano, y también del estado de salud de él, que se estaba deteriorando a pasos agigantados. Blanca quería llevarle urgentemente a Madrid y que le hicieran todo tipo de pruebas. Él se empeñó en seguir, quería acabar su viaje por la India. Se abrazaron en la cama. Estuvieron en silencio pero se besaron intensamente hasta que se acometieron de forma compulsiva, como si fuera esa noche la última vez. Durmieron toda la noche entrelazando sus piernas.

Al día siguiente tocaba visita de Mumbai. Quedaron con Daya a las diez. Vieron la zona victoriana, y pararon a hacer unas fotos en la zona de la universidad, en la estación y en el ayuntamiento. Luego fueron a la casa donde vivió Mahatma (alma grande) Gandhi. Pero se encontraba mal y tuvo que ir al baño a vomitar. Fueron después a la Indian Gate, que le resultó más bonita que la de Delhi.

Se quedaron por la tarde descansando en la habitación y se durmieron pronto.

VII

Les recogieron a las seis de la mañana para llevarles al aeropuerto. Recorrieron en un zizzas la ciudad y en un rato ya habían llegado. Aterrizaron en Bangalore al mediodía. Un coche les esperaba para llevarles a Anantapur. Llegaron a las dos y cuarto a la Fundación Vicente Ferrer.

Comieron y a las cuatro fueron a ver algunas de las casas de la Fundación. Empezaron por un taller de mujeres, en el que pintaban telas con moldes. Luego vieron un taller de costura con niñas discapacitadas y un colegio de sordomudas, donde unas niñas jugaban a la comba y otras —varias albinas— recibían clases de baile. Vieron también un taller de reciclado de papel. Les impresionó, sobre todo la alegría de esas niñas.

Descansaron un rato en la habitación, en un bungalow del recinto de la Fundación y a las ocho querían ir a cenar, pero él se encontraba cada vez peor. Tenía mucho dolor de cabeza y no paraba de vomitar. Blanca se asustó al verlo tan pálido y demacrado. Llamó al doctor, que recomendó llevarlo inmediatamente al hospital. Él se negó, dijo que seguro que por la mañana se encontraría mejor.

Pasó una noche muy mala y Blanca intentó dormir algo, abrazada a él. A la mañana siguiente él no se despertó.

Todos los colaboradores de la Fundación se agolparon a la puerta del pequeño bungalow en el que estaba la habitación donde Blanca lloraba. Uno tras otro la abrazaron. Blanca recordó con mucha tristeza las últimas palabras que él le dijo: había hecho tres viajes estos últimos días. El viaje por las ciudades indias, el viaje desde la soledad hasta descubrir que Blanca era la mujer de su vida y por desgracia el viaje desde la vida a la muerte, del que era plenamente consciente.

A la mañana siguiente le incineraron y le dieron a Blanca sus cenizas en un bote cilíndrico de caoba. Fue con el bote entre sus manos hasta la tumba de Vicente Ferrer, sencilla pero a su vez grande, que recordaba la enorme figura del fundador, cuyo retrato presidía la propia tumba. Había un profundo silencio, sólo roto por el tintineo de unas latitas que colgaban de un árbol. Allí abrió el frasco y esparció las cenizas. Hacía mucho aire y enseguida se dispersaron.
